

GEOGRAFÍA Y CRONOLOGÍA DE LA ILUSTRACIÓN

VINCENZO FERRONE

Universidad de Turín

La comprensión histórica de la geografía y de la cronología de la Ilustración como fenómeno unitario europeo se ha debido enfrentar siempre con un taimado y potente enemigo: la historiografía nacional y nacionalista de los grandes Estados, que se desarrolló preferentemente entre los siglos XIX y XX con el objetivo ideológico de remitirse sobre todo a lo particular, a las raíces peculiares, a las diferencias y a los caracteres originarios de cada pueblo a fin de construir una tradición y una identidad nacional específicas en contraposición a otras identidades nacionales. Este punto de vista se vio reforzado por el nacimiento de un fuerte paradigma historiográfico que siempre ha vinculado teleológicamente la Ilustración a los orígenes de la Revolución francesa, impidiendo profundizar en el conocimiento autónomo de ambas. Pero procedamos con orden.

La creación de una conciencia histórica de cada comunidad humana para fortalecer los vínculos sociales, reforzando los procesos identitarios a través del recurso a la memoria y a las tradiciones, es un mecanismo atropológico muy conocido que se pierde en la noche de los tiempos, pero que solo ha empezado a ser entendido en su profunda naturaleza artificial y política recientemente. Con el nacimiento de los grandes Estados nacionales en Europa a lo largo del siglo XV, este proceso sufrió una primera brusca aceleración en dicha dirección, destinada a hacer que se olvidasen las amplias similitudes entre las sociedades y los Estados del Antiguo Régimen. ¿Cómo olvidar a este respecto las

célebres palabras de Tocqueville sobre la existencia de una “antigua constitución europea” común, que mostraba la gran semejanza, mayor de lo que se suele pensar, del panorama social, político y cultural de todo el continente?

He tenido ocasión de estudiar las instituciones políticas de la Edad Media en Francia, Inglaterra y Alemania –escribía Tocqueville (*El Antiguo Régimen y la Revolución*, 1856)– y, a medida que avanzaba en mi trabajo, me asombraba la prodigiosa semejanza que se evidencia entre todas estas leyes, y admiraba cómo poblaciones tan diferentes y tan poco fusionadas entre sí pudiesen haber creado leyes tan iguales. Sin embargo, cambiaban continuamente y casi de manera infinita en los detalles, según las localidades; pero el fondo era el mismo en todos los sitios [...]. Desde los límites de Polonia hasta el Mar de Irlanda, la señoría, la corte del feudatario, el feudo, los deberes, las tierras sometidas al censo, los derechos feudales y los gremios, todo se parece¹.

Ciertamente, a lo largo del siglo XVIII, ese mundo con sus tan evidentes como lejanos orígenes medievales aparecía por doquier, según los estudios de Tocqueville, “medio derruido”, en evidente ruina, sumido en una crisis final irreversible.

La voluntad centralizadora y absolutista de las grandes y pequeñas monarquías europeas hacía tiempo que había corroído desde dentro la antigua sociedad política aristocrática y feudal, poniendo en marcha el grandioso proceso histórico destinado a crear nuevas elites, como la de los intelectuales o la de la nobleza de servicio, favoreciendo el nacimiento global de una sociedad civil cada vez más atenta a los individuos que a las comunidades, una sociedad libre y autónoma del Estado absoluto, que, a su pesar, la había criado dialécticamente en su propio seno. Sin embargo, el carácter profundamente unitario y fundamentalmente universal de la gran revolución cultural del Antiguo Régimen, que llamamos “Ilustración”, provenía del hecho de la gran similitud de los problemas generales, de las cuestiones cruciales. Por todas partes se reflexionaba sobre cómo conciliar desarrollo económico y virtud cívica, felicidad pública y privada; sobre cómo garantizar los derechos individuales y acabar con los gremios, el feudalismo, las antiguas

(1) A. DE TOCQUEVILLE, *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, Milán, 1981, p. 50.

jerarquías de sangre sin romper en mil pedazos la sociedad, inventando nuevos vínculos sociales; es decir, sobre cómo repensar formas legítimas de gobierno capaces de enfrentarse a la naciente opinión pública, al desarrollo tumultuoso de la imprenta y de la comunicación política que habían inventado los ilustrados. Frente a un contexto histórico en vías de transformación, la respuesta, o mejor dicho, las diferentes respuestas formuladas en los diferentes países por la “República de las Letras” de origen renacentista, no podían ser más que el resultado de la circulación y del intercambio de ideas a nivel europeo. Sin embargo esas respuestas, aun cuando obedecían a necesidades inmediatas de los territorios, casi siempre coincidían en la adhesión a un nuevo sistema cultural común que ponía en el centro al hombre, sus facultades y su espíritu crítico, dejando pragmáticamente por primera vez en un segundo plano las vetustas soluciones basadas en los textos sagrados, en el principio de autoridad y el recurso sistemático a la tradición. Hoy sabemos que ese nuevo modo de mirar empíricamente la realidad experimentando hipótesis y soluciones en todos los campos se basaba no solamente en la renovación de las ideas científicas y de los nuevos valores de referencia en los ámbitos político y filosófico, así como de sus lenguajes, y en representaciones inéditas de la realidad, sino también en la reformulación crítica de antiguas formas de sociabilidad, como los salones, y en el ejercicio de prácticas culturales originales en el mundo académico y en el circuito masónico presentes en todas las ciudades del continente.

La sociedad del Antiguo Régimen y su revolución cultural, representada por la Ilustración, a lo largo del siglo XVIII fueron realmente –y como tal eran percibidas por los contemporáneos– un fenómeno histórico presente en todo el conjunto europeo: las dos caras de la misma moneda.

Fue la historiografía nacionalista de los siglos pasados la causante de que este dato histórico difícilmente contestable desapareciese y se hiciese problemático. Fue la Revolución francesa la que dio inicio a este proceso. Empezó entonces el mito político y el paradigma historiográfico de los orígenes ilustrados de la Revolución. Un paradigma y un mito que siguen causando graves problemas al impedir estudiar, como se merecen, separadamente y sin concesión alguna a revisionismos aventuristas e ideológicamente marcados, tanto la Ilustración, como la

Revolución. De hecho, no hay duda de que la Revolución francesa, hito histórico destinado a cambiar radicalmente la historia de Europa, se ha convertido inmediatamente en una especie de potente imán, dotado de un irresistible campo magnético capaz de redefinir en profundidad el antes y el después, transfigurando acontecimientos y protagonistas. Como fenómeno histórico peculiar y autónomo, en su originaria dimensión cosmopolita y europea diferente a la Revolución, la Ilustración no podía tener mucho futuro. Y, efectivamente, no lo tuvo. Como sabemos, todo empezó con la denominada *panthéonisation* de Voltaire y de Rousseau, en julio de 1791 y octubre de 1794, respectivamente. En el ámbito de la propaganda y de la lucha política e ideológica en Francia y en el extranjero, aquellas grandiosas ceremonias populares marcaron para siempre, ante los ojos del mundo entero, el destino de los *philosophes* como padres de la Revolución. En desacuerdo paradójicamente en todo, reaccionarios y revolucionarios siempre estuvieron de acuerdo en relacionar a los *philosophes* con la génesis de aquel gran evento². En los años sucesivos, durante celebraciones y aniversarios, se repitieron obsesivamente inauguraciones de monumentos, ritos y ceremonias delante de muchedumbres, alimentando, según los puntos de vista, odios inextinguibles y sincera gratitud. Con la Tercera República el paradigma Luces-Revolución llegó a ser algo parecido a una gran ideología identitaria, alimentada por una historiografía de Estado militante y *dreyfusiana*: componente esencial de la nueva religión civil de la patria laica y republicana³. Por lo demás, desde finales del siglo XVIII, la progresiva difusión y consolidación del uso político e ideológico del paradigma, con su bagaje de procesamientos sin apelación y de apologías acríicas, se benefició del nacimiento de una prestigiosa e importante producción historiográfica. Sobre el tema, a lo largo del siglo XIX, se cimentaron en Francia todos los grandes nombres, dentro y fuera del mundo académico. Las *Lumières*, como terreno de cultura de la Revolución, llegaron a ser objeto de penetrantes y célebres aná-

(2) Cfr. B. BACZKO, *Lumi*, en *Dizionario critico della Rivoluzione francese*, a cargo de F. FURET y M. OZOUF, Milán, 1994, pp. 859 y sig.

(3) Cfr. A. COMPAGNON, *La Troisième République des lettres. De Flaubert à Proust*, París, 1983; M. AGULHON, *Marianne au pouvoir. L'immagerie et le symbolique républicain de 1880 à 1914*, París, 1989.

lisis por parte de Madame de Staël, Constant, Chateaubriand, Comte, Désiré Nizard, Sainte-Beuve, hasta los estudios de Villemain y las polémicas entre Ferdinand Brunetière y Gustave Lanson⁴. Desde las paranoicas investigaciones sobre los orígenes conspirativos y masónicos de la Revolución, que Barruel atribuía a la implicación directa de los detestados *philosophes*, se pasó, con Taine, a refinados análisis de los orígenes ideológicos del abstracto y antihistórico *esprit classique* encarnado por Descartes, Voltaire, Rousseau, hasta su trágico aunque inevitable epílogo con Robespierre y el Terror; y luego hasta los orígenes intelectuales con Mornet, para llegar, finalmente, con ocasión de las ceremonias del Bicentenario de la Revolución de 1989, al estudio de los orígenes culturales con Roger Chartier⁵.

La verdad es que, a través de la lente deformante del mito político de la Gran Revolución y del desencadenamiento de pasiones ideológicas contrapuestas, la Ilustración pasó de ser considerada como un grandioso fenómeno europeo con vocación reformadora y cosmopolita a ser concebida cada vez más como un hecho específicamente nacional, absolutamente francés. La indiscutida primacía parisina en la cultura europea del siglo XVIII llegó a ser, de manera desenvueltamente aunque comprensiblemente forzada, la base natural de un verdadero proceso de afrancesamiento integral de la Ilustración europea del que todavía sigue siendo difícil desembarazarse. Por último, los efectos colaterales y trágicos del uso instrumental de las Luces por parte de los ejércitos de la *Grande Nation*, que pretendían “exportar” con las armas la república, la democracia y los valores defendidos por Rousseau y por Voltaire, contribuyeron posteriormente a hacer que se olvidasen el relieve, la importancia y el carácter cosmopolita en el siglo XVIII de los círculos ilustrados activos en Nápoles, Milán, Madrid, Berlín, San Petersburgo, Viena, Londres y Edimburgo. Después de Napoleón y de sus sangrientas e imperiales guerras de conquista, en toda Europa (desde la España de Jovellanos, a la Italia de Beccaria, la Alemania de Lessing, la Russia de Radíshchev), los epígonos de la prestigiosa tradi-

(4) Cfr. G. RICUPERATI, *Le categorie di periodizzazione e il Settecento. Per una introduzione storiografica*, “Studi Settecenteschi”, n.º XIV, 1994, pp. 9-106.

(5) Cfr. la reconstrucción de estas citas en el apéndice a *L'Illuminismo. Dizionario storico*, a cargo de V. FERRONE y D. ROCHE, Roma-Bari, 1997, pp. 521 y sig.

ción ilustrada acabaron siendo todos considerados simples servidores de los invasores franceses, antipatriotas o, en el mejor de los casos, cuerpos extraños en el naciente nacionalismo político y cultural.

Una de las consecuencias más significativas de la Revolución, entre las numerosas formas adquiridas en el tiempo por el paradigma, fue el inicio paralelo de la “nacionalización” de las Luces en el campo historiográfico, un hecho que merece una posterior precisión.

Algunos sectores de la historiografía europea de la Restauración comenzaron, mayoritariamente de forma bienintencionada y con el objetivo de salvar conquistas ya irrenunciables y, eventualmente, “superar” positivamente los valores de libertad y tolerancia del siglo XVIII frente a síntesis inspiradas en el liberalismo, más equilibradas y moderadas, a explorar y subrayar sobre todo los caracteres nacionales de las experiencias históricas específicas de la Ilustración. Quien abrió el camino fue además el mismo Hegel, distinguiendo por primera vez netamente, desde un punto de vista histórico en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, entre los caracteres originales anticristianos y políticamente radicales de las Luces y los religiosos y moderados del *Aufklärung*. En Alemania esta estrategia interpretativa se impuso sobre todo después de Bismark, cuando resultó evidente la necesidad de seguir con la construcción de una nueva conciencia histórica nacional. De hecho, dicha estrategia está presente en los trabajos de Troeltsch, Dilthey y, en particular, en el volumen de Friedrich Meinecke, *Weltbürgertum und Nationalstaat*, en el que el *Aufklärung* llegaba a ser un noble, aunque parcial preámbulo, siempre dialécticamente indispensable, del nacimiento del *Historismus*, gran gloria de la *Kultur* alemana después de la Reforma luterana. En Italia, se vuelve a encontrar, en las obras de principios del siglo XX de Gentile y de Croce, una trayectoria análoga, dirigida a distinguir entre las abstracciones peligrosas de los *philosophes* franceses, y la concreta y moderada acción reformadora de los ilustrados italianos. Pero lo más importante y lo que mayor asombro causa es la tenaz pervivencia de las influencias de aquella precoz nacionalización de las Luces que reemergen irrefrenables a través de las refinadas y engañosas metamorfosis elaboradas, incluso en tiempos recientes en la historiografía anglosajona y alemana. Nos referimos al *Lexikon der Aufklärung*, publicado en Munich en 1995, y a la publicación de la obra *The Enlightenment in National Context* publicada en

Cambridge en 1981, cuyas tesis a favor de un estudio preferente de las, así llamadas, ilustraciones nacionales frente a la dimensión cosmopolita originaria han sido relanzadas acreditadamente por J. Pocock y por P. Higonnet⁶. Por supuesto, no han faltado las inevitables respuestas polémicas. Basta pensar en el reciente libro de J. Robertson, *The case for the Enlightenment. Scotland and Naples 1680-1760*, que ratifica decididamente el carácter cosmopolita de las Luces. Sin embargo, queda la sensación de que la antigua y peligrosa historiografía nacionalista, que tantos problemas causó en el pasado, no está totalmente fuera de juego. Por el contrario, con sus actuales enmascaramientos y subrogaciones, frutos indirectos y siempre negativos del paradigma Luces-Revolución, la confrontación está destinada a seguir viva y quizás incluso a aumentar en los próximos años a causa de las incomodidades y tensiones que la globalización conlleva para las comunidades nacionales en busca de fuertes mecanismos identitarios en el plano histórico.

Si bien es cierto que a lo largo del siglo XX se han producido muchas aportaciones relevantes por parte de historiadores europeos y americanos (bastaría citar a C. L. Becker, P. Hazard, P. Gay, J. Starobinski, R. Mauzi, A. Dupront) que han tratado de investigar las peculiaridades del mundo histórico de la Ilustración, el campo magnético del paradigma sigue siendo, sin embargo, muy fuerte todavía. Demasiado fuerte aún desde el punto de vista de la geografía y cronología de las Luces. Es dominante, por ejemplo, en casi todos los trabajos de Robert Darnton; ha influido bastante en los de Franco Venturi, Margaret Jacob y aparece incluso en el reciente volumen de Jonathan Israel, *Enlightenment Contested. Philosophy, Modernity and the Emancipation of Man 1670-1752*, que plantea, con poca fantasía, las premisas *spinozistas* de la Revolución francesa.

El texto fundamental en la historiografía del siglo XX sobre el tema de la cronología y la geografía de las Luces sigue siendo la cuarta de las famosas *Trevelyan Lectures* pronunciada por Venturi en 1969 en Cambridge y luego publicada en muchos idiomas en el pequeño volumen *Utopia e riforma nell' Illuminismo*. Venturi, gran historiador

(6) Cfr. de estos dos autores sus aportaciones a la obra *L'Illuminismo. Dizionario storico*, pp. 478 y sig., 498 y sig.

atento al contexto europeo del Antiguo Régimen, aceptaba enfrentarse a los estudios de historia económica y social de Lefebvre y Labrousse, resumiendo decenios de historia intelectual, representados por los trabajos de Hazard y Cassirer, hasta los más recientes de Cobban, Gay y del entonces joven y desconocido Robert Darnton. El punto de partida para por fin determinar los ritmos y los límites del “movimiento ilustrado” europeo era la comparación con la trayectoria de la economía francesa, descrita por el gran Labrousse.

Cada vez que miramos la curva del precio del trigo en Francia trazada por Labrousse, cada vez que constatamos el aumento de la población europea en el siglo XVIII, es imposible no afirmar –escribía Venturi– que es toda la sociedad y no solo un movimiento de las ideas y de la política la que estaba en expansión a principios del siglo, en crisis en todas partes en los años 30, en su apogeo en los años 50 y 60, para luego entrar en una fase de profundas turbulencias en los últimos veinticinco años de dicho siglo. Es la curva del siglo XVIII, la curva de la Ilustración⁷.

Más allá de las obvias diferencias entre naciones, Venturi sostenía que el origen de las primeras formas de cultura se inspiraba en el racionalismo ilustrado de la Inglaterra augustal de los *Freethinkers* y de los *Commonwealthmen* como Collins y Toland, relanzando la tesis de Hazard sobre una crisis de la conciencia europea entre 1685 y 1715; subrayando luego cómo la superación de la crisis económica y civil de los años treinta fue acompañada por el nacimiento impetuoso de toda una nueva etapa de la vida intelectual marcada por el paso de la *Frühafklärung* a la *Aufklärung*, de los problemas religiosos y morales desencadenados por la clamorosa revocación del edicto de Nantes por parte de Luis XIV y por parte de la herencia de la Revolución inglesa a los políticos y sociales, del deísmo y del regalismo a las temáticas jurídicas y económicas presentes, por ejemplo, en la publicación de obras maestras como *El espíritu de las leyes* de Montesquieu en 1748 o *Sobre la moneda* de Ferdinando Galiani, publicada en 1751. Nació entonces la que él seguirá siempre considerando la verdadera gran Ilustración: la Ilustración digna de la máxima atención de los historiadores, con su latente corazón parisino creado por la experiencia de la *Encyclopédie*,

(7) F. VENTURI, *Utopia e riforma nell' Illumnismo*, Turín, 1970, p. 146.

destinada a cambiar la forma de pensar de la gente, y con el nacimiento de la generación de Diderot y Rousseau (“gente que vive de su propia pluma y para sus propias ideas [...]. Ni Estado ni Academia, sino un grupo de libres filósofos”). Aquel pequeño mundo, entonces aislado, minoritario en la propia Francia, creció rápidamente entre luchas y represiones, hasta contagiar en un decenio a los círculos intelectuales de las capitales europeas a través de las traducciones y la circulación de libros y, sobre todo, de ideas. De la “primavera de las Luces” de mitades de siglo se pasó, en la década de 1760, a su triunfal apogeo, durante el cual los filósofos influyeron directamente en el proceso político de las reformas. En Italia, aquellos fueron justo los años de la rebelión de Córcega, tan presente en los debates políticos y constitucionales de las gacetas, y del “Caffè” de Beccaria y de los hermanos Verri en Milán, mientras en Nápoles, alrededor de Genovesi, que publicaba sus *Lecciones de comercio*, tomaba cuerpo una escuela, una especie de moderno partido de literatos. En Austria Sonnenfels escribía su *Der man ohne Vorhurtheil*, apoyando con la fuerza de las ideas ilustradas el reformismo de los Habsburgo. En Rusia, con el *Nakaz* de 1767 dirigido a los miembros de la Comisión Legislativa, Catalina II no dudaba en transformar en actos de gobierno algunas de las ideas fundamentales de Montesquieu y de Beccaria. Lo mismo podemos decir de la Prusia de Federico II, desde siempre fascinado, aunque con altibajos, con las reflexiones de los *philosophes*. En España, finalmente, Carlos III transformaba en clase dirigente a ilustrados de la valía de Aranda, Campomanes, Olavide y Jovellanos. Entre los grandes países, solo Inglaterra, según Venturi, se situaba fuera de este triunfal proceso. El país más desarrollado de Occidente parecía tener otro ritmo:

También el radicalismo inglés nació alrededor de 1764 —escribe Venturi—, pero tiene rasgos muy diferentes de la filosofía del continente. Habrá que esperar a los años 80 y 90 para encontrar a los Bentham, Price, Paine y Godwin. El ritmo, en Inglaterra, es diferente.

Sin embargo, estas afirmaciones perentorias no deberían asombrarnos demasiado si se piensa en el hecho de que para el historiador italiano una cosa es la “difusión de las luces” y otra el “movimiento”, un “movimiento” guiado conscientemente por algo parecido a un “partido de los filósofos”. Este ya existía en Escocia, Nápoles, París y Berlín, pero

por supuesto no en Londres o Venecia. Efectivamente, en estas grandes realidades urbanas circulaban con gran éxito las ideas y los libros de los *philosophes*, alimentando un fuerte mercado editorial, y lo que hoy en día definiríamos como el consumo cultural de las Luces por parte de las élites. Pero faltaban los escritores acreditados de tendencia ilustrada, los grandes protagonistas capaces de crear un grupo autónomo y de dar vida a un movimiento político consciente, como en París o en el Milán del “Caffè”. Biografías de hombres, de grupos conscientes, ideas guía, contextos y acción política son inseparables en la historia intelectual de matriz idealista de Franco Venturi, hasta el punto de que determinan los mismos criterios de evaluación. La naciente historia social de las Luces de Daniel Roche era polémicamente atacada como una forma rastrera de reduccionismo sociológico, de marxismo historiográfico.

A partir de estas consideraciones, hijas de aquellos difíciles años de la guerra fría, con el crepúsculo de los años setenta, el cuadro general de la cronología y de la geografía de las Luces no podía sino cambiar radicalmente. La muerte de la gran generación de Voltaire (1694-1781), Rousseau (1712-1778), Diderot (1713-1784) marcaba inevitablemente el final del movimiento y, por lo tanto, la muerte de la Ilustración, la Ilustración verdadera, políticamente significativa, nacida con la *Enciclopedia*. En el último cuarto de siglo toda Europa entraba

“en la edad de las grandes reformas y de las reacciones en contra de ellas. La edad de Turgot y de José II –precisaba Venturi– es también la época en la que la expansión económica de tres decenios va sustituyéndose por un periodo de inestabilidad, de saltos repentinos”

destinados a abrir el camino a los conflictos sociales y políticos en Rusia, en las Provincias Unidas, en la Bohemia austriaca, en ultramar, hasta la explosión final de la gran Revolución. No por nada, Venturi acogía con singular entusiasmo las conclusiones del libro juvenil de Robert Darnton, *Mesmerism and the End of the Enlightenment in France*, publicado en 1968, que trataba de explicar la formación de una mentalidad pre-revolucionaria muy lejana de las certezas racionalistas de los D’Alembert y Condorcet. Según él, los Marat, Brissont y Carrat, tanto como sus émulos *mesmerianos* y *rousseauianos* activos en toda Europa, ya pertenecían a una etapa diferente de la de la Gran Ilustración de los años de la Enciclopedia. A lo largo del último cuarto de siglo parecía dominar de

hecho sobre el escenario una nueva generación de intelectuales, casi todos poco simpáticos, singulares, promotores de lenguajes extravagantes y de ideas extrañas al viejo y glorioso mundo racional de las Luces: reflexiones y proyectos políticos “donde la ansiedad de un mundo nuevo asume formas aberrantes y patológicas”⁸ que anunciaban entre líneas –Venturi no escribe esto– las ansiedades y las sangrientas locuras de un Terror en el que el sueño de la razón acabará produciendo monstruos.

La cronología y la geografía de la Ilustración, tan acreditadamente trazadas, se han mantenido esencialmente invariadas hasta el día de hoy. No debe llevarnos a engaño el clamor suscitado por las tesis criptonacionalistas de una obra como *Enlightenment in National context*, ya citada anteriormente. La dimensión europea y la naturaleza cosmopolita de la Ilustración han quedado siempre fuera de discusión en el ámbito de los estudios más acreditados. A lo sumo algunos elementos de novedad significativos, sobre todo desde el punto de vista cronológico, pero por supuesto no geográfico, y en referencia al cosmopolitismo, provienen de la historia intelectual inglesa de Jonathan Israel. En su muy reciente e imponente obra en dos volúmenes que llevan títulos muy significativos, *Radical Enlightenment. Philosophy and the Making of Modernity 1650-1750*, de 2001, y *Enlightenment Contested. Philosophy, Modernity and Emancipation of Man 1670-1752*, de 2006, Israel ha modificado decididamente las conclusiones de Venturi. Ya no considera como fase inicial de la Ilustración la Inglaterra de los *Freethinkers*, ni como núcleo decisivo y apogeo del fenómeno histórico a la *Enciclopedia*, al París de los *philosophes*, los años sesenta y setenta, sino a la República Holandesa, a las controversias intelectuales que se difundieron en toda Europa entre los siglos XVII y XVIII gracias a Spinoza y a su filosofía materialista como base teórica de la secularización, de la tolerancia, de la democracia, de la libertad individual, de la emancipación, de la igualdad y de la modernidad, que han llegado a ser los rasgos definitorios de la Ilustración. Elaborando un esquema, en gran parte deudor del trabajo, a la vez fascinante y pionero, de Margaret Candee Jacob (*The Radical Enlightenment*.

(8) *Ibid.*, p. 166. Venturi reiterará estas ideas en 1984. Cfr. *Settecento riformatore. La caduta dell'Antico Regime (1776-1789)*, I. *I grandi stati dell'Occidente*, Turín, 1984, donde escribe en la p. 419: “Los nuevos fuegos que se habían encendido en los años 80 carecían de la humanidad, del entusiasmo, de la universalidad de Montesquieu, de Voltaire y de Buffon”.

Pantheist, Freemasons and Republicas de 1981), el *spinozismo* del siglo XVIII, con su múltiples interpretaciones hasta la Revolución francesa, ha llegado a ser el fundamento del *Radical Enlightenment*, que a su vez ha generado como reacción un menos relevante *Moderate Enlightenment*, elaborado sobre la base de principios *lockianos* y *newtonianos*. Las ideas fundamentales y el cuadro definitivo del decisivo componente radical están ya mayormente delineados a mediados de siglo con la publicación de las obras de La Mettrie y del joven Diderot: “In the 1740, the real business was already over” (I, p. 6) escribe con respecto a esto Israel. Pero no son solo la cronología, los lugares y los protagonistas los que cambian clamorosamente. Frente a la historia intelectual de Venturi, quien también se ocupaba de las ideas, sobre todo de las políticas y económicas, estudiando su función histórica en relación al contexto, pero empezando siempre por los hombres y los grupos políticamente conscientes, examinando las revueltas, las reformas, las conquistas, los límites, los mercados, las calles, las monedas y las leyes, Israel pone siempre en primer lugar las *philosophical ideas*. De vez en cuando parece tomar en serio las paradójicas tesis de los reaccionarios franceses e italianos, que atribuían polémicamente a la circulación del *Esprit philosophique spinozista* el nacimiento de la modernidad ilustrada y luego, como consecuencia suya, la Revolución francesa. Su obra es en efecto una apreciable e informada síntesis de la *history of philosophy*, sensible a los grandes debates de la Europa moderna sobre los milagros, sobre la tesis del ateo virtuoso de Bayle, el deísmo y el cartesianismo, construida con la aplicación metódica de una “controversialist technique in opposition to the claim of the ‘new social history’, focused on the broad mass of Early Enlightenment controversies French, German, British, Italian and Dutch” (II, p. 26)⁹.

(9) El caso del reciente libro de historia de las ideas de Robertson es diferente, pero no menos ambicioso. Su historia intelectual, sin embargo, está más atenta al contexto, a las posibilidades ofrecidas por la historia comparada. Su obra, *The Case for Enlightenment. Scotland and Naples 1680-1760*, de 2005, publicada en Cambridge en la colección dirigida por Quentin Skinner, si bien por un lado polemiza directamente con Israel restando relieve histórico a la polémica antireligiosa a favor de una “*convergence between Augustinian and Epicurean currents of thinking about the nature of man and the possibility of society wich occurred after 1680*” (p. 8), en la que se encierra toda la originalidad intelectual de la Ilustración dentro de lo que, genéricamente, sería su “*commitment to the study of human betterment*” (p. 32); por otro lado, relanza la polémica con la reciente historia social y cultural de las Luces acusándola sobre todo de haber ido en detrimento de una concepción unitaria de la Ilustración.

Y, sin embargo, bien visto, la obra de Israel, aunque importante y de óptima factura, corre el riesgo de convertirse en una brusca e inesperada desviación de tipo idealista con respecto a la vía maestra emprendida por las investigaciones más creativas de los últimos años, que casi siempre han tratado de establecer un provechoso diálogo entre diferentes estudios y metodologías. Basta pensar, siguiendo siempre en el mundo anglosajón, en el libro de Margaret Jacob, *Living the Enlightenment. Freemasonry and Politics in Eighteenth-Century Europe*, de 1991, en el que el moderno lenguaje político y constitucional de la Ilustración encuentra sus orígenes más remotos en la sociabilidad masónica y en las prácticas culturales de las logias europeas; o en los libros de Robert Darnton sobre los literatos y la circulación de libros en la Francia prerrevolucionaria. Y es justo la cronología y los resultados extraordinarios que emergen de los trabajos de Darnton los que hace falta tomar como referente si queremos seguir en el futuro en la vía maestra de la innovación historiográfica.

En otras ocasiones he tratado de explicar detalladamente (empezando por los resultados de la nueva filosofía e historia de la ciencia *khuniana*, dedicando muchos artículos a la ciencia dieciochesca¹⁰ e incluso un libro, *Los profetas de la Ilustración. Las metamorfosis de la razón a finales del siglo XVIII italiano* (Roma-Bari, 1989) lo equivocado que resulta relegar en la historia de la Ilustración el mundo de los *mesmerianos*, de los estudiosos de las así llamadas ciencias populares como la fisionómica o la radiestesia. Aquel mundo, presente en todos los círculos ilustrados europeos, activo sobre todo en los años que precedieron a la Revolución francesa, se inspiraba legítimamente en el principio ilustrado de la búsqueda de la felicidad y de la emancipación del hombre a través del hombre y de sus facultades, de las tesis de Rousseau contra el despotismo de los catedráticos, de la dura polémica de Diderot contra el mecanicismo y el empirismo físico-matemático de Newton y D'Alembert. Dicho mundo se basaba en una nueva y sugestiva representación de la naturaleza como *natura naturans*, de matriz renacentista, dinámica, atenta a la transformación de las especies, a la

(10) Estos artículos míos sobre historia de la ciencia están recogidos en la obra *Una scienza per l'uomo. Illuminismo e Rivoluzione scientifica nell'Europa del Settecento*, Turín, 2007.

centralidad del factor tiempo en los procesos naturales, a la superación de la drástica separación entre cuerpo y mente, entre *phisique* y *morale*. Nada que ver, en suma, con el drástico reduccionismo de Cassier, sobre el cual se apoya toda la interpretación de Darnton, que atribuía toda la Ilustración únicamente al modelo racionalista de la filosofía *newtoniana*. A partir del reconocimiento del carácter esencialmente ilustrado de aquel mundo singular, pero fascinante, y, luego, de la necesidad de ir más allá del paradigma Luces-Revolución, va emergiendo cada vez más la necesidad de estudiar por fin la “Ilustración tardía”, es decir, aquellos años cruciales que van de la revolución americana a la francesa, como época histórica específica y autónoma de extraordinario interés.

De hecho, si adoptamos el punto de vista de la nueva historia cultural de la Ilustración, cuyas características Daniel Roche y yo hemos tratado de describir en el largo epílogo al *Diccionario* de 1997 anteriormente citado¹¹, la “Ilustración tardía” representa ciertamente el momento histórico de la hegemonía. En su desarrollo global a lo largo de más de un siglo como revolución cultural del Antiguo Régimen, la Ilustración dio vida, justo en los decenios finales del siglo XVIII, a la fase culminante de una transformación de la identidad profunda de Occidente, cuya herencia, aunque ferozmente contestada y debatida, sigue estando vigente. Aquel periodo, que sintéticamente definimos como “Ilustración tardía”, tuvo un profundo influjo en términos identitarios porque implicó a todas las elites de las grandes ciudades europeas, influyendo directamente en todas las formas del saber, dando pie de hecho a un auténtico proceso de hegemonía cultural verdaderamente singular. Constituyó entonces un fenómeno histórico-social de gran relieve porque afectó transversalmente a prácticamente todo el mundo de los alfabetizados, sin distinción de clase ni de nivel social. Muchos de los valores, de las ideas, de las prácticas, de los lenguajes elaborados en la primera parte del siglo en reducidos círculos intelectuales por los creadores de la denominada ilustración radical, llegaron de hecho

(11) De este Diccionario, junto a la edición italiana, han aparecido al mismo tiempo la edición española: *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; y más tarde la francesa: *Le monde des lumières*, Paris, Fayard, 1999; y la rusa: Мир Просвещения Исторический словарь, Moscú, Памятники исторической мысли, 2003.

a ser en los años setenta y ochenta objeto de amplio consumo cultural en los salones, las logias, las universidades, las cortes, difundiéndose por doquier a través de las gacetas, periódicos, almanaques populares, la industria editorial, el teatro, la literatura, la pintura, la música y las ciencias. Ciertamente los elementos más innovadores de aquel sistema cultural fueron muchas veces mal entendidos, instrumentalizados, polémicamente debatidos y rechazados, pero han estado siempre en el centro de toda discusión, culturalmente vividos y creativamente —por volver a una imagen de Michel de Certeau— consumidos, hasta el punto de condicionar incluso la manera de ser y de actuar de sus adversarios. Ejemplar fue, por lo que a ello se refiere, el cambio de actitud de la Iglesia católica a finales de siglo, frente al dominio de las Luces. Obligada a reconocer la creciente importancia de la esfera pública, de la circulación de libros, de las nuevas prácticas de la comunicación política inventadas por los *philosophes* en sus campañas de lucha por la hegemonía, la Iglesia católica aceptó el desafío, denunció la herejía y la peligrosidad de los seguidores de la *Encyclopédie*, pero experimentando fascinación por aquellas originales prácticas culturales y por aquellas ideas subversivas, aceptando ella misma modernizarse para combatir mejor la modernidad, decidiendo, por ejemplo, “gobernar” la lectura *ad maiorem Dei gloriam* en lugar de prohibirla. La República de las Letras, la nueva clase social de literatos, llegó finalmente a ser, no por casualidad en aquellos decenios tan turbulentos y fascinantes, un potente e influyente gremio del Antiguo Régimen gracias también a la cada vez más afianzada hegemonía cultural de las Luces. En este sentido, haría falta reflexionar más sobre el significado auténtico de la *apothéose* y del *couronnement* de Voltaire en 1778 frente a la *Comédie française*, solemnemente reunida *en corps*, y sobre todo de su clamoroso triunfo por las calles de París nada menos que 13 años antes de la *panthéonisation* querida por los revolucionarios en 1791¹².

(12) Cfr. *Mémoires de Fleury de la Comédie Française publiés par J. B. Lafitte*, París, 1847, pp. 137 y ss. Sobre el triunfo de Voltaire, cfr. igualmente T. BESTERMAN, *Voltaire*, Milán, 1971, pp. 459 y ss. No menos clamoroso, y dado a conocer a través de las gacetas europeas, fue el recibimiento de Voltaire en la logia de las *Neuf-Sœurs*. Cfr. L. AMIABLE, *Un loge maçonnique d'avant 1789. La loge des neuf sœurs*, París 1989, pp. 46 y ss.

Quizás haría falta este verdadero *Sacre de l'écrivain* para confirmar la naturaleza hegemónica de la cultura de las Luces ya a finales de siglo durante el Antiguo Régimen, con todo lo que tal afirmación implica. Sin embargo, es preciso preguntarse todavía sobre las formas y la esencia de esa hegemonía. Efectivamente, sabemos todavía muy poco sobre el tema. Sería, por ejemplo, un error seguir pensando, como se ha hecho hasta ahora, en la “Ilustración tardía” solo como una época de epígonos, de ordinaria aunque clamorosa afirmación de las ideas, de los valores y de las prácticas elaboradas en el pasado: una fase de hegemonía construida, sobre todo, sobre el éxito editorial, social e institucional de una larga ola que se había formado hace mucho tiempo y ya en vías de agotamiento en el campo de la creatividad. En realidad, los últimos decenios del siglo XVIII –verdadero apogeo de las Luces, según la renovada cronología propia de la historia cultural tan lejana de la tradicional historia de las ideas, completamente centrada en los años de la *Enciclopedia* y en los acontecimientos de la Ilustración radical a lo largo de los años de la, así llamada, crisis de la conciencia europea– asistieron al nacimiento de una nueva y genial generación de ilustrados en toda Europa: de Raynal a Condorcet, de Beaumarchais a Mozart, de David a Goya, de Filangieri a Pagano, de Jefferson a Franklin, de Lessing a Goethe, a Paine, a Jovellanos, a Radishchev. Muchos de ellos amaron y vivieron la etapa de la “Ilustración tardía” con pasión y esperanza para luego ser obligados a enfrentarse a la dramática experiencia de la Revolución y del Terror. A través de sus grandes obras, producidas sobre todo en el decenio que precedió a la Revolución, nacieron debates originales, soluciones y teorías políticas inéditas, lenguajes y representaciones nunca vistos ni pensados antes y cuyo auténtico significado, la mayoría de las veces ofuscado por la luz cegadora del evento revolucionario, corre el riesgo todavía de quedarse en la sombra si no lo relacionamos con aquel preciso contexto cultural de finales de siglo dominado por dos importantes fenómenos: la politización de la República de las Letras y la progresiva afirmación del *neonaturalismo* entre todas las formas de conocimiento. No se debería nunca olvidar que justo durante el último cuarto de siglo se impusieron en las reflexiones intelectuales y en la acción política de los gobiernos y de las elites europeas cuestiones como el evidente anacronismo del feudalismo y de los privilegios señoriales, la liberalización del comercio y del mercado del trabajo (como primer gran ataque al sistema

gremial), los derechos humanos, la trata de esclavos, el colonialismo, el patriotismo, el constitucionalismo, el republicanismo, la legitimidad de los gobiernos y del poder pensando en el principio de igualdad y de soberanía popular, la función social y política de las religiones, la opinión pública; se empezó a reflexionar sobre la sociabilidad de los modernos y la constitución de una sociedad civil europea diferente del pasado, sobre la creación de una economía moderna capaz de conciliar virtud y riqueza, desarrollo y equidad, y sobre todo saltó al primer plano, redefiniéndolo todo, una nueva representación de la naturaleza y de las tareas de las ciencias naturales y de los saberes.

Pero ahora es oportuno que nos detengamos. Sin olvidar nunca que somos enanos a hombros de gigantes, me parece que he delineado suficientemente las razones por las cuales creo que es necesario ir más allá de la tradicional geografía y cronología de las Luces elaborada a lo largo del siglo XX. Nos queda entonces volver a los archivos, a la búsqueda diaria de la verdad histórica, a la lucha por mantener en vida la memoria de los valores cosmopolitas de la Ilustración, más allá de sus mismas ilusiones, como le encanta decir a mi querido amigo Daniel Roche¹³.

(13) Cfr. su *Leçon inaugurale, Chaire d'histoire de la France des Lumières*, París, 1999.